LA VIDA DEBAJO DE LOS CABLES

Sofía Trueba

Quiso el infortunio arrastrarme a ese edificio circundado por cables rojos que transportaban, sin interrupción alguna, el aire acondicionado helado que nos soplaba tras las espaldas. Eso, más el auricular, haría el trabajo un tanto más estresante. Sin embargo, hubo un elemento que distrajo mi atención de la gris existencia que transcurría al interior de la compañía X, donde yo laboraba. Volteé a mi alrededor y noté que muchos de los empleados iban "vestidos de mujer".

¿Alguna vez han visto a una persona travesti[1] atender en un café o llevarlos en un taxi?, ¿o trabajando en la construcción, en la política o como policías? Las personas travestis existen a veces en la tele. Les muestran como un objeto de entretenimiento, como un elemento chusco de la vida. El chico raro que habla "como mujer" y de quien nos vamos a reír por un ratito. O si acaso en el Teatro-Bar El Vicio, donde son contratados para actuar y donde también nos reímos de ellos/as. Pero, eso sí, con su consentimiento. Allí sí entran, incluso para dirigir una obra, como un elemento cómico pero amado.

Fuera de eso, recuerdo haberles visto en una tienda de maquillajes en Perisur; otro/a, en una carretera en Campeche; otro/a en una fiesta de pueblo de Oaxaca donde sí se acepta que un hombre se conciba como mujer. Pero en la ciudad, en la ciudad, no les vemos más que en el teatro, en ambientes bohemios donde esperamos lo estrambótico al menos, porque para eso pagamos, para vivir lo inesperado.

Tan sólo ahí, en un call center, podemos verles a mares, trabajando, hombro con hombro, con el

[1] El término refiere a las personas que se visten con ropa tradicionalmente asignada al sexo contrario. Es decir, una mujer que se viste con ropa socialmente vinculada a los hombres o un hombre que se viste con ropa socialmente vinculada a las mujeres. De acuerdo con la Enciclopedia Británica, las personas travestis se distinguen de las transexuales en el sentido de que las personas travestis no necesariamente se conciben como del sexo opuesto, mientras que las transexuales sí.

resto. Y descubrimos muchas cosas, chicos hetero que a veces se visten “medio de mujer”, con barba, falda y aretes, que van al gimnasio para ponerse fuertes, y que viajan en el metro para llegar a trabajar, sin miedo a recibir golpes o insultos. Mientras alguna/os van “de mujer”, otra/os se visten “casi de mujer” pero no totalmente, porque sólo se pintan los ojos.

Vemos que hay personas que se sienten y conciben mujer; otras, que ni hombre ni mujer. Hay muchas cosas más que este lugar permite observar detrás de sus paredes grises, pues son empleados/as que la clientela no puede observar. Esa es la única razón por la que sus expresiones de género son toleradas. Esta libertad en el código de vestimenta no sólo aplica para las personas travestis, sino también, para agentes que un día deciden disfrazarse de Batman para trabajar. Para algunas personas, el call center significa tener acceso a un lugar de mayor equidad y respeto; para otras, el código de vestimenta es un pretexto para hacer una broma, como portar suéteres con foquitos de colores, con estampas de papel en el cuerpo, con vestimenta de fantasía y más.

SEMBLANZA

Biografía Sofía Trueba

Sofía Trueba nació el 5 de enero de 1983 en la Ciudad de México. Su infancia transcurrió en Tepepan, al sur de la Ciudad. Sofía comenzó a escribir desde niña. Jugaba a escribir novelas y cuentos. Además de ello, ha producido una obra gráfica que se ha expuesto en lugares como Seattle y la Ciudad de México.

Una de las experiencias que más la sensibilizaron en torno a las cuestiones de género fue el contacto con un primo al que quiso mucho, quien, cuando era pequeño, decía que era niña. Un año, Sofía le propuso a sus papá y mamá que le regalaran a Antonio una barbie como regalo de Navidad. Se rehusaron, diciendo que ese juguete era para niñas y no para un niño. Sofía quedó atónita. ¿Qué tiene de malo que Antonio se vista “como las mujeres”?